

GÉZA VON CZIFFRA

EL SANTO BEBEDOR  
RECUERDOS DE JOSEPH ROTH

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE NIEVES TRABANCO

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

I

«La verdad es que a mí no se me podía ayudar en la Tierra».

Ésta fue la frase que escribió a altas horas de la noche mi amigo Joseph Roth en una hoja que apretó contra mi mano. «Alférez, si está usted cerca cuando vengán a buscarme los ángeles, cuide de que esa frase sea inscrita en mi lápida». «A sus órdenes, mi teniente—dije, y saludé desde mi asiento. Después leí la futura inscripción funeraria y pregunté—: ¿La ha escrito usted?». «No, no yo, sino un poeta alemán con el que me siento emparentado: Heinrich von Kleist—respondió mi amigo. Después añadió en tono de reproche—: En realidad es una gran laguna cultural que usted no lo conozca, pero proviniendo de un cadete de Su Majestad Imperial no se lo tomo en cuenta». «Muy generoso, mi teniente», dije, y volví a saludar.

Pero no llevábamos uniforme, tampoco nos encontrábamos en un cuartel, sino en el Lunte, el café de artistas de Berlín, que estaba abierto toda la noche y en el que se podía tomar a cualquier hora una sopa de guisantes. Había dos clases de sopa de guisantes: la ración simple, *einspänner*, por treinta centavos, y la doble, *zweispänner*, por cincuenta. La primera era una ración normal; con la segunda ponían dos cucharadas y un poco más de sopa. Mi amigo comía allí por «razones de trabajo», como él afirmaba; y yo, sencilla y llanamente, tenía hambre.

Como he dicho, no éramos soldados. Ya no. Yo había sido una vez cadete en la real e imperial escuela militar du-

rante la monarquía y Joseph había llegado a ser teniente en el frente en la primera guerra mundial. Por lo menos eso afirmaba. Cuando estaba borracho—lo que sucedía muy a menudo—y odiaba tanto la vida literaria, en medio de la cual se encontraba, suspiraba: «Si todavía existiera la monarquía, yo sería comandante o incluso coronel».

Hablo de Joseph Roth.

Exageraba, como siempre. Estábamos en 1928, la monarquía había sido enterrada en 1918. Habían transcurrido ya diez años y en el ejército austríaco nadie había llegado, en diez años, a comandante o coronel. Y, desde luego, ningún judío.

Dudo además de que hubiera sido teniente de verdad. Lo afirmaba con tozudez y seguridad, pero el «jugar a ser teniente» fue invención suya. Me llamaba, consecuentemente, «alférez», incluso en las pocas cartas que me escribió después de su emigración, desde París y otros lugares. Y firmaba siempre: «Joseph Roth, teniente de Su Majestad Imperial». Lo seguía haciendo aún en 1938.

Le gustaba enumerar sus condecoraciones, de las que estaba muy orgulloso. Pero yo ya le había pillado demasiado a menudo en falsedades producto de su fantasía (algo que nunca calificaría de mentiras viniendo de un poeta como él) y, por principio, ya no le creía nada.

A ello habría que añadir que personas que le conocían desde hacía más tiempo y mejor que yo se enfadaban por sus fanfarronadas y le llamaban mentiroso. Afirmaban que nunca había estado en el frente, que había pasado aquella época sentado ante su escritorio, clasificando el correo destinado al campo de batalla. Nadie recibía por ello ninguna medalla de plata al valor, pero Roth poseía una y a veces la

mostraba orgulloso. «¡Comprada en el rastro!», anunciaba Egon Erwin Kisch, que ya le conocía de Viena, en donde a Roth le fue muy mal económicamente después de la primera guerra mundial. Llevaba un viejo abrigo militar, sólo poseía un traje arrugado, pero ya a veces, contaba Kisch, miraba el mundo a través de un cristal mágico.

Más tarde, en Berlín, cuando cobraba como corresponsal del *Frankfurter Zeitung* unos honorarios muy altos—un marco por línea—, sólo llevaba trajes cortados a medida, con los pantalones muy estrechos para que recordaran a los pantalones de los oficiales austríacos.

Se mantuvo firme hasta su muerte en la ficción de ser un oficial austríaco. No sólo mentía conversando con los amigos a los que quería impresionar, sino que también lo hacía cuando escribía. En 1937 publicó en el periódico parisino de la emigración *Das Wort* su autobiografía.

#### JOSEPH ROTH SOBRE JOSEPH ROTH

##### Joseph Roth

Nacido el 2 de septiembre de 1894 en Schwabendorf, fue, de 1913 a 1918, un activo oficial del viejo ejército austro-húngaro. Empezó a trabajar como periodista en 1921 en el *Frankfurter Zeitung*. Publicó hasta 1933: *Abril*, novela corta; *El espejo ciego*, novela corta; *Hotel Savoy*, novela; *La rebelión*, novela; *Fuga sin fin*, novela; *Zipper y su padre*, novela; *Judíos errantes*, reportajes; *Panoptikum*, colección de artículos; *A derecha e izquierda*, novela; *Job*, novela; *La marcha Radetzky*, novela. La mayor parte de estos libros fueron traducidos al inglés. Los libros de J. Roth no fueron quemados en Alemania. J. Roth escribió, como católico y austríaco que era, un artículo contra Hitler, lo que tuvo como consecuencia la prohibición de sus libros posteriores.

Publicados en el extranjero después de 1933: *Tarabas*, novela, editorial Querido, Ámsterdam, 1934; *El Anticristo*, novela, Allert de Lange, Ámsterdam; *Los cien días*, novela, Allert de Lange, Ámsterdam; *Confesión de un asesino*, novela, Allert de Lange, Ámsterdam.

JOSEPH ROTH

Por esa «autobiografía» se ve qué poco calculadas y qué transparentes eran las fantasmagorías de Roth. No se podía ser oficial en activo desde 1913 hasta 1918. Se tenía que haber terminado estudios en la Academia, para lo que se necesitaban al menos cuatro años.

Roth, con su voz sonora, algo cascada, era capaz de provocar un enorme interés por todo lo que narraba. En 1924, cuando lo conocí, la guerra era su tema favorito. Era tal la plasticidad con la que podía hablar sobre granadas que silbaban y explotaban, que yo mismo en pocos minutos olvidaba que él nunca había participado en las batallas que describía. Se excitaba con la descripción de los mutilados de guerra, y lloraba cuando hablaba de las viudas enlutadas.

Yo sabía que nunca había estado en primera fila en el frente, y él sabía que yo lo sabía; pero le divertía dejar atónitos a sus amigos, jugar al camaleón de mil colores. Así lo creí yo, por lo menos hasta que me di cuenta de que no era un juego, de que Roth escondía en sí varias personalidades, de que vivía escindido.

Era judío por los cuatro costados, pero no lo reconocía. Al menos durante una época lo negó. Había nacido en Galitzia, en Brody, aunque a veces afirmara haber venido al mundo en Radzivilow o en Schwabendorf. La mayoría de las veces se podía reconocer a los judíos del Este por sus características raciales; pero Roth tenía los ojos azules, el

pelo rubio oscuro y las manos estrechas con dedos largos como los de un apasionado jugador de cartas. A finales de los años veinte se dejó crecer un bigote marcial, que retor-cía constantemente.

Aunque sólo llevaba algunos años en Viena, hablaba el alemán flemático del austríaco de buena familia. Se le podía tomar por un aristócrata austríaco, en especial si ponía algo de su parte. Así, el portero del hotel Habsburg en Berlín había creído a pies juntillas la afirmación de Roth de que era hijo ilegítimo de un Habsburgo.

Esa historia circuló entre sus compañeros periodistas y se burlaron mucho de él. En aquella época aún no habían aparecido las obras maestras de Roth y se le veía simplemente como un fanfarrón. Hoy sabemos que era un poeta. Un poeta que hacía también poesía de su vida.

Un día me confesó: «Mi padre era funcionario austríaco. Un bribón sin principios que dejó plantada a mi madre. Ella era judía, pero, por favor, ¡guárdeme el secreto!». «¿Qué es lo que debo guardar para mí? ¿Que su padre era un bribón?». «No. Que mi madre era judía».

Sólo medio siglo después supe que el retrato que Roth había pintado de su padre era también una mistificación.

Cuando en 1979 apareció la primera versión de este libro, *El santo bebedor*, me llegaron desde Nueva York una carta y una reseña. Las dos procedían de Fred Grübel, un sobrino por parte materna. La crítica se titulaba «El santo mistificador».

El sobrino, que debía saber lo que decía, escribía entre otras cosas: «Roth nunca conoció a su padre. Éste era ya un enfermo mental irreversible cuando nació su hijo. Roth, después de alejarse del judaísmo, nunca mencionó en su obra a

su abuelo, un creyente riguroso que lo había educado; pero en el fondo él siempre perteneció al mundo judío».

De pronto recordé que la escritora Irmgard Keun, que, como Roth, había vivido en el exilio holandés desde 1936 hasta 1938, había mencionado una vez que éste temía acabar en un manicomio. No explicaba por qué. Keun opinaba que Roth se había profetizado a sí mismo ese destino por su alcoholismo, que conocía y analizaba a menudo. Roth afirmaba una y otra vez que se había convertido al catolicismo, pero hoy sabemos que ese supuesto cambio de fe nunca fue probado. En cualquier caso fue un católico entusiasta, un joven cristiano. Estaba en contra de los sionistas, y en los años treinta los calificó incluso de fascistas, pero al mismo tiempo lloraba por el destino de los judíos. Ya en 1930 había aparecido su libro *Job*, que es una de las obras más hermosas de la literatura judía. Pero eso no le impedía insultar a sus hermanos y llamarlos «descarados cerdos judíos». Cuando en 1932 el editor de la revista *Die Weltbühne*, Carl von Ossietzky, tuvo que ir a la cárcel, Roth se encolerizó porque el pobre *goi* había ido hasta la penitenciaría «en un coche carísimo, acompañado de las judías más atrevidas de la Kurfürstendamm». No le gustaba hablar de la revista *Weltbühne*, en su opinión demasiado progresista. «Judíos de la *Weltbühne*», era una de sus expresiones. A pesar de ello escribió *Job*, y a los dos años salió de su pluma un libro totalmente opuesto: *La marcha Radetzky*. Un réquiem por el imperio de los Habsburgo, «escrito con dolor y lágrimas», como él mismo decía.

Cuando en 1935, en Budapest, hablamos sobre la filmación de *La marcha Radetzky*, tildó de idiotas a los críticos que lo ponían por las nubes calificándolo de poeta que «ha-

bía sabido observar con mirada aguda el mundo corrompido de la monarquía». «Yo no he enterrado el Imperio de los Habsburgo, sólo lo lloré. Desearía que aún existiera».

No es mi intención escribir una biografía de Joseph Roth; son innumerables los que antes de mí se han ocupado de ello. Cada uno ha visto a Roth subjetivamente, desde su perspectiva; a veces desde la izquierda, a veces desde la derecha. La mayoría de las veces, desde la izquierda.

Justamente la izquierda política lo reclamó póstumamente para sí; precisamente la gente con la que él menos quería tener que ver. Era anticomunista. Pero era también antifascista, antisionista; estaba contra los partidos burgueses, contra los burócratas, contra sus enemigos, contra sus amigos, y, sobre todo, contra sí mismo.

Era capaz de odiar ciudades y países: odiaba Budapest, Londres y Yugoslavia. Cuando se le preguntaban las razones, las daba: a Yugoslavia la llamaba un Estado policíaco, los ingleses jugaban a hacerse los *gentlemen*, y los húngaros eran unos petulantes, «como si todos fueran judíos».

Como he dicho, no quiero escribir la historia de su vida, sino sólo recordarlo como lo conocí, con sus faltas, extravíos y cambiantes visiones del mundo. Casi siempre reconocía sus errores.

Esto sucedía a veces pasados unos años, a veces el mismo día. En el decisivo año de 1933 escribió en una carta: «Para mí personalmente, creyente católico, mi judaísmo es la misma cuestión metafísica que para un rabino milagrero del hasidismo: algo que está por encima de todos los judíos de la Tierra».